

mayor, de las antiguas creencias en el espíritu de los pueblos.

XI.

En Alemania, país de la contemporización y de la paciencia, los espíritus, tan calmosos en la apariencia, tomaban parte con un ardor serio y reconcentrado en el movimiento general del espíritu europeo. El libre pensamiento adoptaba allí las formas de una conspiración universal envuelta en el misterio. La Alemania, sabia y amiga de la etiqueta, gustaba de dar á su insurrección todas las apariencias de la ciencia y de la tradición. Los adeptos á las nuevas ideas imitaban en sus conciliábulos las iniciaciones de los misterios egipcios y las evocaciones místicas de la edad media; allí se pensaba como se conspira en otros países, y la filosofía marchaba cubierta de símbolos y de figuras, sin que se quitase la venda que cubría sus ojos sino en las sociedades secretas de que eran escludidos todos los profanos. Los prestigios de la imaginación, tan poderosos sobre la naturaleza ideal y reflexiva de los alemanes, servían de cebo á las nuevas verdades.

Federico el Grande habia hecho de su córte el centro de la incredulidad religiosa, y al abrigo de su poder enteramente militar, se habia propagado con toda libertad el desprecio al cristianismo y á las instituciones monárquicas. Este príncipe materialista en nada estimaba la fuerza moral, porque las bayonetas eran, segun su modo de ver, el mejor derecho de los príncipes; la insurrección el mejor derecho de los pueblos, y las victorias ó las derrotas el mas incontestable derecho público. Su fortuna, siempre constante con él, habia sido cómplice de su inmoralidad, y habia recibido la recompensa de cada uno de sus vicios, porque estos vicios eran grandes. Al morir

habia legado su genio perverso á Berlin, ciudad corruptora de toda Alemania. Militares criados en la escuela de Federico, academias modeladas sobre el genio de Voltaire, colonias de judíos enriquecidos con la guerra, y franceses refugiados, componían aquel pueblo en gran parte y dirigían el espíritu público, que ligero, escéptico, insolente y burlon, intimidaba al resto de Alemania. La debilidad del espíritu alemán data desde Federico II. Este rey fué el corruptor del imperio, conquistó la Alemania con ideas francesas y fué un héroe de decadencia.

Berlin continuaba del mismo modo despues de su muerte por esa impresion que dejan siempre los grandes hombres por mucho tiempo en el país en que han reinado. El reinado de Federico habia dado al menos un buen resultado, que era la tolerancia de cultos, nacida en Alemania del menosprecio en que Federico habia tenido á las religiones. A la sombra de esta tolerancia el espíritu filosófico habia organizado algunas sociedades secretas á imitación de la francmasonería, en las que se habian iniciado los príncipes alemanes. Creían los que entraban en ellas dar pruebas de grandes espíritus con penetrar en aquellas tinieblas, que se reducían en el fondo á algunos principios generales de humanidad y de virtud sin aplicación inmediata á las instituciones civiles. Federico habia sido iniciado cuando era jóven por el mayor Bielfeld, y el emperador José II, innovador el mas atrevido de su época, entró tambien en ellas en Viena bajo el padrinazgo del baron de Born, gefe de los francmasones de Austria. Estas sociedades, que ninguna importancia política tenían en Inglaterra, donde la libertad conspiraba sin rebozo en la tribuna y en la prensa, la tenían muy grande en el continente, porque eran los conciliábulos secretos de la libertad del pensamiento, que escapándose de los libros pasaba á las plazas á ponerse en acción. Entre los iniciados y las instituciones establecidas la guerra era sorda, pero mortal.

Sin duda que el objeto de los agentes ocultos de estas sociedades era crear un gobierno de la opinion del género humano para ponerle en oposicion con los gobiernos de las preocupaciones. Trataban estos hombres de reformar las sociedades religiosa, política y civil, y empezando por apoderarse del espíritu de las clases ilustradas podian llamarse sus logias las catacumbas de un nuevo culto. La secta de los iluminados, fundada y dirigida por Weisshaupt, se propagaba en Alemania al par de la de los francmasones y los rosa-cruz. Los teósofos creaban por su parte los símbolos de perfeccion sobrenatural y atraian todas las almas sensibles y todas las imaginaciones ardientes hácia unos dogmas llenos de amor y de ideas de lo infinito. Los teósofos, los swenderborgios, discipulos del sublime, aunque oscuro, Swenderborg, nuevo San Martín de Alemania, pretendian perfeccionar el Evangelio y trasformar la humanidad. Una de sus doctrinas era no tratar de nada que tuviese relacion con la muerte y con los sentidos corporales. Todos estos dogmas despreciaban en igual grado las instituciones existentes y tendian con igual ardor á la renovacion de los espíritus y de las cosas. Estas sociedades eran democráticas, porque todas estaban inspiradas por el amor á los hombres, sin distincion de clases.

Casi era infinito el número de los que en ellas se afiaban, y el prestigio, cual sucede siempre que nos dejamos arrebatar de un celo indiscreto, se unió fraudulentamente á la verdad, como si el error ó la mentira fuesen la liga inevitable de las verdades y hasta de las virtudes del espíritu humano. Evocáronse los siglos, se hizo aparecer á las sombras y se oyó hablar á los muertos. Las visiones fueron su último secreto, las apariciones el último milagro de aquellos sectarios, que alucinaron la complaciente imaginacion de los príncipes por medio de transiciones rápidas del terror al entusiasmo. La ciencia fantasmagórica, poco conocida entonces, sirvió de auxiliar

á estas seducciones. Muerto Federico II, su sucesor sufrió estas pruebas y fué subyugado por aquellos prestigios; de suerte que hasta los mismos reyes conspiraban contra los tronos. Los príncipes de Gotha dieron asilo á Weisshaupt. Augusto de Sajonia, el príncipe Fernando de Brunswick, el de Neuwied, los coadjutores, todos los soberanos, hasta los de los electorados eclesiásticos de las orillas del Rhin, los de Maguncia y de Colonia y el obispo de Constanza se señalaron por su ardor en favor de las doctrinas misteriosas de la francmasonería ó del iluminismo. Cagliostro admiraba á Strasburgo, y el cardenal de Rohan se arruinaba y se envilecia al mismo tiempo escuchándole como á un oráculo. Por todas partes aparecian señales semejantes á las que precedieron siempre á la caída de los grandes imperios, á la llegada de las nuevas ideas. La mas infalible era la conmocion general de las imaginaciones, que una vez propagada hace temblar la humanidad entera.

Los grandes genios de Alemania é Italia cantaban ya la nueva era en sus versos á los hijos de la Germania. Goethe, poeta esceptivo; Schiller, poeta republicano, y Klopstock, poeta sagrado, embriagaban con sus estrofas las universidades y los teatros; cada sacudida de Paris, resonaba como un eco reproducido por aquellos escritores en las orillas del Rhin. La poesia es el recuerdo y el presentimiento de las cosas; lo que ella celebra no ha muerto todavía, lo que canta existe ya, y la poesia cantaba entonces por todas partes las confusas, aunque apasionadas esperanzas de los pueblos, lo que era un augurio cierto del triunfo de estos, así como tambien una prueba de que su entusiasmo existía allí, puesto que hacia que se oyese su voz.

La ciencia, la poesia, la historia, la filosofía, el teatro, el misticismo, las artes y el genio europeo hajo todas las formas posibles, se habian pasado á la revolucion. No podia citarse un solo hombre de gloria en toda Euro-

pa, que perteneciese al partido de lo pasado, partido vencido ya, puesto que el espíritu humano se retiraba de él. A donde va el espíritu, allí va la vida, y únicamente las medianías son las que permanecen constantemente aferradas á antiguas instituciones. Descubriáanse ciertas señales misteriosas en el horizonte general del porvenir, y ya fuese porque los pequeños vieses en ellas su salvación, ya porque los grandes creyesen descubrir en las mismas un abismo, ello es que todos se precipitaban en brazos de la novedad.

XII.

Tal era la disposición de los ánimos en Europa, cuando los hermanos de Luis XVI y los caballeros emigrados, se desparramaron por Saboya, Suiza, Italia y Alemania á pedir socorros á las potencias aristocráticas, contra la revolución. Desde las grandes emigraciones de los pueblos antiguos, que huían de las invasiones romanas, jamás se había visto un movimiento de terror y de perturbación, igual al que arrojaba ahora de su territorio á todo el clero y á toda la aristocracia de una nación. Esta doble emigración de ambas aristocracias, dejó un vacío inmenso en Francia: en primer lugar en los mismos escaños del trono, después en la corte, en los palacios, en las altas dignidades eclesiásticas, y finalmente, en las filas del ejército. Los oficiales, que eran todos nobles, emigraron en masa, y la marina siguió muy pronto su ejemplo, aunque esta no se afilió en las nuevas banderas. Esto no consistía en que ni el clero, ni la nobleza, ni los oficiales de mar y tierra, fuesen mas estraños que las demas clases al movimiento revolucionario de ideas que había sublevado la nación en 1789; al contrario, el movimiento había empezado por ellos y la

moderna filosofía había hecho sus primeros ensayos, y tenido sus primeros adeptos en las clases mas elevadas de la nación. En ellas se hallaba principalmente el pensamiento del siglo, pero no querian mas que una reforma y no una desorganización total de la sociedad. En cuanto notaron que la agitación moral de las ideas se convertía en insurrección popular, temblaron por sí mismas y se separaron del nuevo orden de cosas.

Las riendas del gobierno, arrancadas violentamente de manos del rey por Mirabeau y por La Fayette en el Juego de pelota; los atentados del 5 y 6 de octubre; la supresión sin compensación de los privilegios; la abolición de los títulos; la aristocracia entregada á la execración pública, saqueada, incendiados sus palacios, y hasta asesinada en muchas provincias; la religión despojada de sus bienes temporales y obligada á nacionalizarse por medio de un juramento constitucional; finalmente, la fuga del rey, su prisión en palacio, las amenazas de muerte que la prensa patriótica ó las tribunas de las sociedades populares vomitaban contra las aristocracias; las asonadas triunfantes en las ciudades; la defección de las guardias francesas en París, la de los suizos de Cha-teaueux y en Nancy; los excesos de la tropa sublevada en Caen y en Brest que habían quedado impunes; todas estas cosas, habían convertido en odio y en horror la buena acogida que había hallado en la nobleza en sus principios, el nuevo movimiento de ideas. Veía esta que el primer acto del pueblo, era degradar á las superioridades; así es que el espíritu del orden á que pertenecían, obligaba á los nobles á emigrar; el de cuerpo, impulsaba á hacerlo á los oficiales, y el espíritu cortesano se avergonzaba de permanecer en un suelo manchado con tantos ultrajes como se hacían continuamente á la dignidad real. Las mugeres, que tenían entonces grande influencia sobre la opinión de la Francia, y cuya imaginación lijera, sensible y tierna, adopta prontamente el

partido de las víctimas. estaban todas por el trono y por la aristocracia, y despreciaban á los que no iban al extranjero á buscar venganza. A su voz partian los jóvenes, y los que no lo hacian, no se atrevian á comparecer en público, porque las señoras les enviaban ruecas á sus casas como símbolo de su cobardía.

Ni era tan solo la vergüenza por las humillaciones sufridas, la que hacia engrosar las filas de la emigración con todos los nobles y oficiales del ejército, sino tambien la apariencia de un deber. La principal virtud de la nobleza francesa consistia en una fidelidad religiosa al trono, y su honor y su segunda y casi única religion, era morir por el rey. Un atentado cometido contra la persona del rey, era reputado por ellos casi como un deicidio, idea que la caballeria, código de las costumbres aristocráticas, habia propagado y conservado por toda Europa. Para la nobleza, la verdadera patria era el rey. Apagado un momento este sentimiento por las vergonzosas escenas de la regencia, por los escándalos de Luis XV, y por las máximas enérgicas de la filosofía de Rousseau, se habia avivado de nuevo en el corazon de los caballeros, al presenciar el abatimiento y los peligros que amenazaban al rey y á la reina. La Asamblea nacional no era á sus ojos sino una horda de vasallos sublevados que tenian cautivo á su soberano. Hasta los actos mas espontáneos del rey les eran sospechosos, y bajo sus palabras constitucionales, entreveian otras enteramente contrarias. Segun su modo de ver, los ministros de Luis XVI no eran sino unos carceleros suyos, y entre los caballeros y el rey, existia cierta inteligencia secreta. Esta fiel camarilla de leales celebraba sus sesiones en medio del secreto en las habitaciones mas recónditas de las Tullerías, y el rey, tan pronto les aconsejaba como les prohibia la emigración. Sus órdenes variaban segun los dias y las circunstancias. Ya las daba un sentido constitucional y patriótico, cuando esperaba de hie-

na fé poder establecer y moderar la Constitución en lo interior; ya eran desesperadas y criminales, si asi puede decirse, cuando le parecia que la salvacion de la reina y de sus hijos no podia venir sino de fuera del reino. Mientras escribia por conducto de su ministro de Negocios Extranjeros, llamando á sus hermanos y al principe de Condé para que viniesen á su lado, recordándoles los deberes de todo buen ciudadano respecto de su patria, el baron de Breteuil, que era su ministro confidencial cerca de aquellas mismas potencias, remitia al rey de Prusia cartas de su soberano, en donde se veia claramente el pensamiento secreto del rey. La que ponemos á continuacion, dirigida al rey de Prusia en 3 de diciembre de 1790, y hallada despues en el archivo de la chancilleria de Berlin, no permite dudar de la doble diplomacia del desventurado Luis XVI, dice asi:

Señor y hermano mio:

«He sabido por Mr. de Moustier el interés que ha manifestado V. M. no solo hácia mi persona, sino igualmente por el bien de mi reino. Las buenas disposiciones de V. M. en mi favor, en todas las ocasiones en que pueden ser útiles al bien de mi pueblo, han escitado vivamente mi sensibilidad. Yo las reclamo con entera confianza en este momento en que á pesar de haber aceptado la nueva Constitución, los facciosos manifiestan á las claras su proyecto de concluir con lo poco que queda ya de monarquía. Acabo de dirigirme al emperador de Rusia, y á los reyes de España y Suecia, á los que he propuesto la idea de un congreso, compuesto de las principales potencias europeas y apoyado en una fuerza armada como única medida para contener á los facciosos, hallar los medios de establecer otro orden de cosas mas apetecible, é impedir que el mal que nos agobia, se propague á los demas estados de Europa. Espero que V. M. aprobará

mis ideas y que guardará un riguroso silencio sobre el paso que doy ahora. V. M. conoce muy bien, que las circunstancias particulares en que me hallo, me obligan á ser muy circunspecto, por cuya razon nadie mas está en el secreto que el baron de Breteuil, á quien V. M. podrá decir lo que guste sobre el particular, con entera confianza.»

XIII.

Esta carta unida á la de Luis XVI á Mr. de Bouillé, anunciándole que su cuñado el emperador Leopoldo iba á hacer marchar un cuerpo de ejército sobre Longwi para motivar una reunion de tropas francesas hácia aquella frontera, y favorecer de este modo la fuga del rey, son pruebas irrecusables de la inteligencia secreta que mantenía el rey, tanto con las potencias extranjeras, como con los gefes de la emigracion. Las memorias de los emigrados están llenas de estos indicios. La misma naturaleza de las cosas confirma su certeza. La causa de los reyes, de las aristocracias y de las instituciones eclesiásticas es solidaria. El emperador Leopoldo era hermano de la reina, y los peligros del rey eran comunes á todos los príncipes, porque el ejemplo de un pueblo triunfante era contagioso para todos los pueblos. Los emigrados eran amigos particulares del rey y partidarios decididos de la monarquía, así es que sin hablarse se entendían por la comunidad de pensamientos y de intereses. Además se servían de comunicaciones secretas, y las sospechas del pueblo en vez de ser quiméricas, eran el justo presentimiento de las maquinaciones de sus enemigos. La conspiracion de la corte con todas las demas, la de las aristocracias extranjeras con las del reino, la de los emigrados con sus parientes, y la del rey con sus hermanos, no tenía necesidad de verse escrita. El mismo Luis XVI, re-

volucionario el mas sincero de cuantos hombres han ocupado un trono, no abrigaba un pensamiento perverso de traicion, ni contra la revolucion ni contra su pueblo, al implorar el socorro ó la manifestacion armada de las potencias. La idea de hacer una llamada á las tropas extranjeras ó á las fuerzas de la emigracion, no existía en el fondo de su alma. Temía la intervencion de los enemigos de la Francia, desaprobaba la emigracion, y no dejaba de tener algun recelo de sus propios hermanos, que intrigaban por fuera tomando muchas veces su nombre, y la mayor parte de ellas contra la voluntad del rey. Repugnábale pasar á los ojos de la Europa por un príncipe que se hallaba bajo tutela, y cuyos ambiciosos hermanos usurpaban sus derechos apropiándose la defensa de su causa, y estipulando intereses que debían satisfacerse sin que hubiese intervenido al estipularlos. En Coblenza se hablaba sin rebozo de nombrar una regencia, para la cual se señalaba al conde de Provenza, que era el hermano que en el orden de primogenitura seguía á Luis XVI. Esta regencia concedida á un príncipe de la sangre por la emigracion mientras que el rey luchaba en Paris, humillaba profundamente á Luis XVI y á la reina. Esta usurpacion de los derechos de su soberanía, aunque se cubriese con los pretestos de adhesion y de ternura, les era quizá mas amarga que los ultrajes de la Asamblea y del pueblo. Los mas temibles enemigos para los príncipes son sus parientes mas inmediatos, y la emigracion en el caso de triunfar, no prometía al rey otra cosa que un trono disputado por el regente que lo había levantado. El reconocimiento que forzosamente le debería en semejante caso, le parecia vergonzoso y no sabía si tendría mas motivos de temer que de esperar de los emigrados.

La reina en sus conversaciones particulares hablaba de ellos con mas amargura que confianza. El rey se lamentaba en voz alta de la desobediencia de sus hermanos, y desaconsejaba la fuga, á todos aquellos de sus

servidores que le consultaban sobre el particular. Estos consejos, sin embargo, variaban segun se presentaban las circunstancias. El rey, como todos los hombres colocados entre la esperanza y el temor, se doblaba ó se erguia, bajo el imperio de los sucesos. El hecho era culpable, la intencion no era criminal. No era el rey el que conspiraba, era el hombre, el marido, y el padre, que buscaba en el apoyo estrangero la salvacion de su muger y de sus hijos. No se hacia culpable sino cuando estaba desesperado. Las negociaciones se rompian y se renovaban sin cesar, lo que se decretaba hoy se revocaba mañana, y los agentes secretos de estas tramas, provistos de los poderes revocados, se servian todavía de ellos contra la voluntad del rey, para continuar dando pasos en su nombre. Las contraórdenes no se obedecian; el príncipe de Condé, el conde de Provenza, y el de Artois, cada uno tenia su cuerpo diplomático y su córte, y todos abusaban del nombre del rey, para hacer prevalecer su crédito y su política. De hay provienen las dificultades que se les ofrecen á los historiadores de aquella época, para poder conocer la mano del rey en todas estas tramas urdidas en su nombre, y para pronunciar sobre su completa inocencia, y sobre su connivencia con el estrangero. Luis no vendió á su pais, ni á su pueblo, pero no guardó el juramento que habia prestado á la Constitucion. Hombre honrado, pero perseguido como rey, creyó que unos juramentos arrancados por violencia, y eludidos por el temor, no podian hacerle cometer un perjurio aun cuando faltase á ellos, tanto mas, cuanto que diariamente estaban faltando todos á los que le habian prestado. Sin duda pensó que los excesos del pueblo, le autorizaban á faltar á la religion del juramento, y al honor de la palabra empeñada. Criado en el prestigio de su soberanía personal, buscó de buena fé en medio de todos los partidos que se disputaban el imperio, en donde se hallaba la nacion, y no encontrándola en ninguna parte cre-

yó serle permitido el verla en su persona. Su crimen, si semejante palabra es aplicable á un príncipe como Luis XVI, no debe reputarse como hijo de su alma, sino como efecto de su educacion, y producido por su situacion particular, y por sus desgracias.

XIV.

El baron de Breteuil, antiguo ministro y embajador, hombre inaccesible á toda concesion, consejero fuerte y riguroso, habia salido de Francia á principios de 1790, con poderes secretos del rey, y muy ámplios al mismo tiempo, que le acreditaban al lado de las potencias estrangeras. El solo era en lo esterior el ministerio completo de Luis XVI. Era además su ministro absoluto, porque una vez investido de la confianza ilimitada del rey, que no podia retirársela sin minar la existencia de su diplomacia oculta, era dueño de abusar de ella y de interpretar las intenciones de Luis XVI segun sus propias miras. Dícese que en efecto aquel diplomático abusó de ella, no por ambicion personal, sino por un exceso de celo por la salvacion, y por la dignidad de su amo. Sus negociaciones al lado de Catalina, de Gustavo, de Federico y de Leopoldo, fueron una incitacion constante á una cruzada contra la revolucion francesa.

El conde de Provenza, Luis XVIII, y el de Artois Carlos X, despues de haber hecho varias incursiones á las córtes del Mediodia y del Norte, se habian reunido en Coblentza. Luis Wenceslao, elector de Tréveris, tío de los príncipes por parte de madre, les hizo una acogida mas cordial que política. Coblentza se convirtió en el *París* de Alemania, en centro de la conspiracion contrarrevolucionaria y en cuartel general de la nobleza francesa, reunida en torno de sus gefes naturales, que eran

los hermanos del rey. Mientras que ellos tenían allí su corte ambulante y ataban los primeros cabos para la confederación de Pilnitz, el príncipe de Condé, más militar de corazón y de raza, organizaba allí los cuadros del ejército de los príncipes. Este ejército se componía de ocho ó diez mil oficiales y ningún soldado; era la cabeza del ejército separada del tronco. Nombres históricos, decisión acreditada, ardor de juventud, valor heroico, fidelidad, confianza en sus derechos, y una convicción íntima de obtener el triunfo, nada le faltaba al ejército de Coblenza, á no ser el conocimiento de su país y de su época. Si la nobleza francesa emigrada hubiese empleado en servir y en regularizar la revolución, la mitad de los esfuerzos y de las virtudes que desplegó para combatirla, aquella al cambiar las leyes, no hubiera destruido la monarquía. Pero jamás se debe exigir de las instituciones que comprendan lo que las reformas. El rey, los nobles y el clero no podían comprender una revolución que destruía la nobleza, el clero y el trono. Era preciso luchar, y no habiendo terreno en Francia en donde hacerlo, tomaron pie en el extranjero.

XV.

Mientras que el ejército de los príncipes se iba engrosando en Coblenza, la diplomacia contrarrevolucionaria tocaba al primer resultado de consideración que podía prometerse, según el estado en que se hallaba entonces la Europa. Abrióronse las conferencias de Pilnitz. El conde de Provenza, acababa de enviar al barón Roll á verse con el rey de Prusia y á pedirle tropas en nombre de Luis XVI y del restablecimiento del orden en Francia. El rey de Prusia, antes de decidirse quiso informarse sobre el estado de la Francia, de un hombre

que por sus talentos militares, y su adhesión á la monarquía poseía la confianza de las cortes extranjeras; este hombre era el marqués de Bouillé. Señalóse para la entrevista el castillo de Pilnitz, y le rogó que le llevase un plan de operaciones de los ejércitos extranjeros, sobre las diferentes fronteras de Francia. El 24 de agosto, Federico Guillermo, acompañado de su hijo, de sus principales generales y de los ministros de su mayor confianza, llegó al castillo de Pilnitz, residencia ordinaria de la corte de Sajonia en el verano. El emperador había llegado allí antes.

El archiduque Francisco, que fué después Francisco II, el feld mariscal Lacy, el barón de Spielman y una corte numerosa rodeaban al emperador; los dos soberanos rivales en Alemania, parecía que habían olvidado su rivalidad por un momento, para no ocuparse más que de salvar todos los tronos. Esta fraternidad de la gran familia de los monarcas, prevaleció sobre cualquier otro sentimiento, y trataron más como hermanos que como soberanos. Su huésped, el elector de Sajonia, consagró esta conferencia con magníficas fiestas.

En medio de un banquete anunciaron la llegada inesperada del conde de Artois á Dresde. El rey de Prusia solicitó el permiso del emperador para que compareciese allí el príncipe francés. Concedióse este permiso, pero antes de admitir al conde de Artois á las conferencias oficiales, los dos monarcas se encerraron para hablar en secreto acompañados únicamente de sus amigos más íntimos.

El emperador estaba por la paz: la inercia del cuerpo germánico pesaba sobre sus resoluciones y sentía la dificultad de imprimir á esta federación vasalla del imperio, la unidad y la energía necesarias para atacar á la Francia en la furia de su revolución. Los generales, y el mismo mariscal de Lacy, vacilaban en vista de unas fronteras tenidas por inespugnables, y el emperador

temia por los Países Bajos y por la Italia. Las máximas francesas habían atravesado el Rhin y podían causar una explosión en los estados alemanes en el momento en que se pidiese á los príncipes y á los pueblos, que se levantasen contra la Francia, y la dieta popular podría tal vez mas que la de los soberanos. Unas medidas mistas y dilatorias producirían el mismo efecto de intimidación sobre el genio revolucionario sin ofrecer iguales peligros para la Alemania. ¿No era mas prudente formar una liga general de todas las potencias europeas y rodear la Francia de bayonetas, intimidando entonces al partido triunfador que volviese la libertad al rey, la dignidad al trono y la seguridad al continente? «Si la nación francesa se niega á ello, añadió el emperador, la amenazaremos, en un manifiesto, con una invasión general, y si esta se hace necesaria la aplastaremos, bajo la irresistible masa de todas las fuerzas de Europa reunidas.» Tales eran los consejos del genio contemporizador del imperio, que siempre aguarda á obrar por necesidad, que jamás se adelanta á ella, y que quiere asegurarlo todo sin arriesgar nada.

XVI.

El rey de Prusia, mas impaciente y mas amenazado que los otros, confesó francamente al emperador que él no creía en la eficacia de aquellas amenazas. «La prudencia, le dijo, es un arma insuficiente contra la audacia. Estar á la defensiva es indicar que se teme á la revolución. A esta es preciso atacarla desde la cuna. Dar tiempo á los principios franceses es darles fuerza; entrar en negociaciones con la insurrección popular es mostrar que se la teme y que se está dispuesto á tratar con ella. Es preciso sorprender á la Francia *in fraganti* delicto

de anarquía y no dar el manifiesto europeo hasta despues que las bayonetas hayan atravesado las fronteras y que triunfantes ya las armas hayan dado autoridad á las palabras.»

Al emperador parecia que le hacian fuerza estas palabras; insistió sin embargo sobre los peligros á que una invasión repentina espondrían á Luis XVI, y enseñó varias cartas de este príncipe; confió tambien al congreso que el marqués de Noailles y Mr. de Montmorin, embajador el uno de Francia en Viena, y ministro el otro de Negocios Estrangeros en Paris, ambos afechos al rey, hacían esperar á la córte de Viena el pronto restablecimiento del órden y de modificaciones á la Constitución francesa en sentido monárquico. Pidió que se suspendiese toda decision hasta el mes de setiembre, sin que esto obstase para que el tiempo que mediaba hasta entonces se emplease en hacer preparativos y en tener disponibles todos los recursos militares de las dos potencias.

La escena varió de aspecto al día siguiente, con la llegada del conde de Artois. Este jóven príncipe habia sido dotado por la naturaleza con todos los dones esteriore de un caballero. Hablaba á unos soberanos en nombre de los tronos, y al emperador en el de una hermana que iba á perder el suyo, y que se veía ultrajada por sus vasallos. Toda la emigración con sus desgracias, su nobleza y sus ilusiones, parecia haberse personificado en el conde de Artois. El marqués de Bouillé y Mr. de Calonne, es decir, los genios de la guerra y el de la intriga le habían seguido á aquellas conferencias. El conde de Artois obtuvo varias audiencias de los dos soberanos, en las que habló con energía y con respeto contra el sistema de contemporización del emperador. Logró poner en accion la lentitud germánica, y el emperador y el rey de Prusia autorizaron al barón de Spielman por Austria, al de Bischofswerder por Prusia y á Mr. de Calonne por Francia, á reunirse aquella misma noche y

á redactar de comun acuerdo un proyecto de declaracion para presentarlo á la sancion de los monarcas.

El baron de Spielman, bajo la inspiracion directa del emperador, fué el redactor de este documento. Mr. de Calonne en nombre del conde de Artois combatió en vano ciertas reservas que desconcertaban la impaciencia de los emigrados. Al dia siguiente, á la vuelta de una excursion á Dresde, los dos soberanos, el conde de Artois, Mr. de Calonne, el mariscal de Lacy y los dos negociadores se trasladaron al cuarto del emperador. Se leyó ó se discutió la declaracion, se pesaron todas las razones, en pro y en contra, modificáronse algunas espresiones, y á propuesta de Mr. de Calonne y á instancias del conde de Artois, consintieron, el emperador y el rey de Prusia, en la insercion del último periodo de ella, en que la guerra se mostraba suspensa sobre la revolucion. He aqui esta pieza, que fué el anuncio de una guerra de veinte y dos años.

«Habiendo oido el emperador y el rey de Prusia los deseos y las representaciones de *Monsieur* y del señor conde de Artois, declaran mancomunadamente que miran la situacion en que se encuentra actualmente el rey de Francia, como objeto de comun interés para todos los soberanos de Europa. Ambos monarcas esperan que este interés no puede menos de ser reconocido por las potencias cuyo auxilio se reclama, y que por consiguiente no se negarán á emplear, en union con el emperador y el rey de Prusia, los medios mas eficaces, y en proporcion á las fuerzas de cada una de ellas, para poner al rey de Francia en estado de consolidar con completa libertad las bases á un gobierno monárquico, que sea tan conveniente á los derechos de los soberanos como al bienestar de los franceses. Entonces y en semejante caso, SS. MM. están decididos á obrar prontamente y de comun acuerdo con las fuerzas que sean necesarias para conseguir el comun objeto que se han propuesto. Entre tanto darán á

sus tropas las órdenes convenientes para que se hallen dispuestas á obrar en llegando la ocasion.»

Se ve claramente que esta declaracion tímida y amenazadora á la vez, era demasiado para que se conservase la paz, y muy poco para encender la guerra. Semejantes palabras atizaban la revolucion en vez de sofocarla. Descubriase en ellas á un mismo tiempo la impaciencia de los emigrados, la resolucion del rey de Prusia, la vacilacion de las potencias, y la contempORIZACION del emperador. Era esto una especie de concesion á la fuerza, á la debilidad, á la guerra y á la paz, y se traslucia en aquel escrito el estado en que toda la Europa se hallaba. Era finalmente una manifestacion evidente de la incertidumbre y de la anarquía de los gabinetes.

XVII.

Despues de este acto tan imprudente como insuficiente los dos soberanos se separaron. Leopoldo fué á Praga á coronarse, y el rey de Prusia á Berlin á poner su ejército en pie de guerra. Triunfantes los emigrados por lo que habian obtenido, adquirieron nuevas fuerzas. Las córtes de Europa, á escepcion de la de Inglaterra, contestaron á las de Berlin y Viena de un modo equívoco, y el ruido que movió la declaracion de Piltitz se apagó en cuanto llegó á Paris, en medio del bullicio y regocijos públicos que se daban entonces por la aceptacion de la Constitucion. Leopoldo desde aquella conferencia buscaba con mas ansia cuantos pretextos podia para que se mantuviese la paz. Su ministro el principe de Kaunitz temia todas las sacudidas violentas que pudiesen desarreglar el antiguo mecanismo diplomático, cuyos resortes conocia perfectamente. Luis XVI le envió secretamente al conde de Fersen, para que le suplicase que no alarmara con el apa-

rato de las armas á la revolucion, que parecia dormirse en su triunfo.

Los principes emigrados obraban en distinto sentido y hacian resonar en todas las córtes las palabras dadas en beneficio de su causa en la declaracion de Piltitz. Escribieron, pues, una carta á Luis XVI en la que protestaban públicamente contra el juramento que habia prestado á la Constitucion: juramento que segun decian en aquel escrito, habia sido arrancado á su debilidad, y al estado de cautiverio en que se hallaba. El rey de Prusia al recibir la circular del gabinete francés, en que se le notificaba oficialmente la aceptacion de la Constitucion por el rey, esclamó: «Ya veo asegurada la paz de Europa.» Las córtes de Viena y de Berlin aparentaron creer que todo estaba concluido en Francia, por aquellas mútuas concesiones entre el rey y la Asamblea, y se resignaron á ver abatido el trono de Luis XVI, con tal que la revolucion consintiese, aunque solo fuera en la apariencia, en dejarse dominar por el trono.

Rusia, España, Suecia y Cerdeña, no se sosegaron con tanta facilidad. Catalina II y Gustavo III, aquella por el sentimiento orgulloso de su poder, y este por sacrificarse generosamente por la causa de los reyes, convinieron en enviar un ejército en socorro de la monarquia, compuesto de cuarenta mil hombres, entre rusos y suecos. Este cuerpo de ejército, pagado con quince millones que habia de aprontar España, y mandado por Gustavo en persona, debia desembarcar en las costas de Francia, y dirigirse á París en tanto que las fuerzas del imperio, atravesaban el Rhin.

Estos atrevidos planes de las córtes del Norte, desagradaban á Leopoldo y al rey de Prusia, que echaban en cara á Catalina el haber faltado á sus promesas haciendo la paz con los turcos. ¿Podia el emperador llevar sus tropas hácia el Rhin, mientras tanto que aun duraban los combates entre rusos y otomanos sobre el Danubio, y ha-

llándose amenazadas las retaguardias de su imperio? Catalina y Gustavo no dejaban por eso de dar una proteccion decidida á la emigracion. Estos dos soberanos enviaron ministros plenipotenciarios al lado de los principes franceses que estaban en Coblentza, lo que equivalia á declarar tácitamente la caducidad de Luis XVI, y aun de la misma Francia, ó reconocer que el gobierno no se hallaba en París sino en Coblentza. Ademas hicieron entre sí un tratado de alianza ofensiva y defensiva en el interés comun del restablecimiento de la monarquia.

Deseando entonces Luis XVI de buena fé el desarme, envió á Coblentza al baron de Viomenil y al caballero de Coigny para que mandasen en su nombre á sus hermanos y al principe de Condé que disolviesen y desarmasen al ejército de los emigrados. Estas órdenes se recibieron como dadas por un rey que se hallaba preso, y fueron desobedecidas sin volver ninguna respuesta. La Prusia y el imperio manifestaron mas deferencia á las intenciones del rey, y disolvieron el ejército de los principes, mandando castigar en sus estados los insultos hechos á la escarapela tricolor. Pero en el mismo momento en que el emperador daba estas pruebas del deseo que tenia de mantener la paz, la guerra iba á arrastrarle á su pesar. Lo que la sabiduría humana niega á las mas grandes causas se ve obligada á veces á concederlo á las mas pequeñas.

Tal fué la situacion de Leopoldo. El se habia negado á hacer la guerra para sostener los grandes intereses de la monarquia, y habia prescindido de los sentimientos sagrados de la sangre que se le exigia, pero iba á concederla á los intereses insignificantes de algunos principes del imperio posesionados en la Alsacia y en la Lorena, cuyos derechos personales violaba la nueva Constitucion francesa. Se habia negado á dar socorro á su hermana, é iba á concedérselo á algunos vasallos.

La influencia de la dieta y sus deberes personales,

como cabeza del imperio, le arrastraron á dar unos pasos que su resolucion personal no habia podido obtener. En su comunicacion de 3 de diciembre de 1791 anunció al gabinete de las Tullerías, la resolucion formal que habia adoptado de «dar socorro á los príncipes posesionados en Francia si no obtenian ser reintegrados completamente en todos los derechos que les pertenecian á tenor de los tratados.»

XVIII.

Este escrito amenazador, comunicado bajo mano á París, por el embajador de Francia en Viena, antes de recibirse oficialmente asustó al rey, y fué recibido con gozo por algunos de sus ministros, y por el partido político que le era menos hostil en la Asamblea. La guerra lo corta todo, y estos hombres acogieron aquella comunicacion como una solucion á las graves dificultades en que se hallaban metidos y de las cuales no sabian como salir. Cuando no hay ya esperanza en el orden regular de los sucesos, la tenemos por lo general en lo que nos es desconocido. Pareciales á estos espíritus aventurados que la guerra debia ser un entorpecimiento para la fermentacion universal, un estorbo para la revolucion, y un medio seguro para que el rey volviese á apoderarse del poder al apoderarse del mando del ejército. Esperaban con esto poder cambiar el fanatismo por la libertad, en un fanatismo de gloria, y engañar al espíritu del siglo, embriagándole por medio de conquistas en vez de satisfacerle dándole nuevas instituciones.

Los diputados de la Gironda pertenecian á este partido, y Brissot les inspiraba. Halagados con el título de hombres de estado, que ellos aceptaban ya por vanidad, y que se les daba por ironía, querian justificar su pretension, con un golpe audaz que cambiase la escena y

que desconcertarse á un mismo tiempo al rey, al pueblo, y á la Europa. Estos hombres habian estudiado las máximas de Maquiavelo y miraban el desprecio de lo justo, como una prueba de genio. Poco les importaba la sangre del pueblo con tal que ellos pudiesen dar pábulo á su ambicion.

El partido jacobino, escepto Robespierre, pedia la guerra á voz en grito, y su fanatismo no le dejaba conocer su debilidad. Para estos hombres era la guerra un apostolado armado que iba á propagar su filosofia social por todo el universo, y se hacian la ilusion de que el primer cañonazo que se disparase en nombre de los derechos de la humanidad, iba á conmovier todos los tronos.

Otro tercer partido confiaba tambien en la guerra, que era el de los constitucionales moderados. Estos se prometian poder dar cierta energía al poder ejecutivo, por la necesidad que habria de reconcentrar la autoridad militar en manos del rey en el momento en que la nacionalidad se viese amenazada. Toda guerra estrañada la dictadura al partido que la hace, y ellos esperaban para sí y para el rey esta dictadura de la necesidad.

XIX.

Una muger jóven, pero ya influyente, prestaba á este último partido el prestigio de su juventud, de su genio, y de su pasion; llamábase esta madama de Staël. Era hija de Necker y habia respirado en una atmósfera enteramente política desde que vió la primera luz. La casa de su madre habia sido el cenáculo de la filosofia del siglo XVIII, y en sus salones Voltaire, Rousseau, Buffon, d' Alembert, Diderot, Raynal, Bernardino de Saint-Pierre y Condorcet, habian jugado con aquella